

## PERTENECE A TODOS POR IGUAL

El cristianismo es una religión excelsa que sin ninguna excepción, trata de fomentar el amor entre todos los seres humanos; proclama la igualdad entre todos ellos y la fraternidad que debe existir entre todos los hombres. Como ejemplo, bástenos mencionar el Salmo 33 de la Biblia, que se refiere a "La Concordia Fraternal" y que dice:

"¡Ved qué hermoso y qué dulce habitar los hermanos todos juntos! Como un unguento fino en la cabeza, que baja por la barba, por la barba de Aarón, que baja por la orla de su manto. Como el rocío del Hermón que fluye por el monte Sión. Allí Yavé la bendición concede, la vida para siempre!".

El 14 de julio de 1789 (hace 200 años), aconteció uno de los hechos históricos más sobresalientes para la humanidad, como lo fue la Revolución Francesa, en la cual se proclamaron, como derechos inalienables y sagrados del hombre, la Libertad, Igualdad y Fraternidad. Estos derechos que consideran al ser viviente como un

elemento intrínseco y en armonía con la Naturaleza, desde hace tiempo que deberían tener fuerza de ley, aprobada y sancionada no por cada nación en particular, sino que por todos los pueblos de la Tierra e incluso, hecha respetar por un alto organismo supra nacional, con la suficiente representatividad y poder político. De igual manera deberían de sancionarse, como derechos sagrados e inalienables del hombre, cualquiera que fuese su condición social y económica, la alimentación, el trabajo, la salud y la vivienda. Estos derechos deberían respetarse y aplicarse a toda la humanidad, con toda naturalidad, sin egoísmos o egocentrismos.

Esta fecha histórica debió marcar el principio de una nueva era de prosperidad y bienestar para todos, sin acendrados nacionalismos, sin fronteras artificiales y sin las profundas desigualdades económicas y sociales que han prevalecido a través de los siglos, en este cuerpo social humano, producto de nuestra unidad planetaria.

Por desgracia, los postulados de la Revolución Francesa de hace dos siglos, no han sido otra cosa que buenas intenciones, mancillados ideales; de imposible apli-

cación en nuestra actual estructura política, económica y social.

Habitamos el mismo planeta, pertenecemos a la misma especie, todos tenemos derecho a la vida y nuestros intereses son comunes. Ningún país en particular, por poderoso que sea, tiene derecho a destruir la Tierra, atentar contra su estructura física; ni a negarle al ciudadano del orbe, los elementos necesarios para su bienestar.

El Código de Hammurabi; así como todas las religiones, como los derechos del hombre y del ciudadano, establecidos por la Revolución Francesa, pueden entenderse como el lento despertar a la conciencia de que todos por igual, somos miembros de un grupo social amplio, que la humanidad es una sola y que todos compartimos el destino que le demos a esta nave sideral que es la Tierra, la cual nos pertenece a todos por igual. Es evidente que allí, en esos principios, en esos postulados, en esas normas, están las semillas de espléndida generosidad, capaces de estructurar un mundo de paz y bienestar, en completa armonía con los dictados de la naturale-

za. Al exhibir estos principios, el Arquitecto Supremo invita al hombre, al estudio y a la meditación. Es como si les hubiera dicho a los habitantes de este mundo: "He hecho una Tierra para que allí viva el hombre, he vuelto visibles los cielos estrellados para enseñarle las ciencias y las artes. Ahora él debe procurar su propio bienestar y aprender de mi munificencia para con todos, a practicar el bien para el prójimo" (Tomás Paine).

Desde esa perspectiva superior, está claro que nuestra civilización global, está a punto de fracasar en la tarea más importante con que se enfrenta: la preservación de la vida y del bienestar de los ciudadanos del planeta.

Lo que estamos haciendo, es tan insensato que tendemos a no pensar en ello y, cuando lo hacemos, de una u otra forma, tratamos de justificar la arrasadora tala de árboles; los arcos de fuego que consumen la selva húmeda y que se extienden desde el Atlántico al Pacífico; la contaminación de las aguas marinas; la destrucción de la bio-atmósfera; el envenenamiento del aire que respiramos; la desnutrición, la enfermedad, la falta de abrigo y de educación que caracteriza al 30 por ciento de la po-

blación mundial; los ensayos y accidentes nucleares; los satélites y aviones matadores, cargados con rayos láser, bombas de neutrones y misiles; las zonas donde se emplazan misiles balísticos intercontinentales; y (para no continuar con esta flagelante lista), las cien mil cabezas nucleares apuntando hacia sus correspondientes objetivos de destrucción masiva.

Ante tan horroroso panorama, en nombre de la humanidad, quisiéramos se nos permitiera preguntar a nuestros más sobresalientes estadistas, especialmente a los de las grandes potencias; ¿Es ésta la mejor forma de conservar y aumentar nuestras perspectivas de supervivencia? ¿Están ustedes ejerciendo su razonamiento del modo más eficaz posible? ¿Han ustedes estudiado con valentía, las causas que nos conducen directamente a la muerte? ¿Han ustedes administrado responsablemente al planeta Tierra?

Existe una fusión real y evidente entre la Tierra y la humanidad. Ante la clara alternativa de: La Tierra o perecer todos juntos, las naciones poderosas y ricas, si es que no quieren que el juicio final llegue, deberán com-

partir, en forma solidaria, sus riquezas con las naciones pobres. Esta repartición debería hacerse en forma planificada, con verdadera mística; de tal manera que tomara al hombre como un sujeto de desarrollo, proporcionándole los recursos que requiere, a fin de, estimularlo y convertirlo de indigente productor de lo que necesita para su supervivencia, en un efectivo de consumidor de bienes y servicios. Esta idea no tiene nada nuevo ni de extraordinario, ya el Presidente Kennedy, al comprender que estos países, abandonados a su propio destino, nunca podrían salir de la pobreza por sí mismos, al referirse al cambio social dijo, "que los frutos del crecimiento fueran compartidos por todos y no sólo por unos cuantos privilegiados."

Una honesta cooperación por ofrecer objetivos más dignos; de suerte que las energías se invirtieran en una empresa dedicada, no a la muerte, sino que a la vida, que dejara en segundo plano las irracionales pretensiones militaristas.

La verdad, que angustia saber que actualmente en E.E.U.U., se gastan en armamentos, alrededor de 27 mi-

llones de quetzales (10 millones de dólares) por minuto. En Rusia y las demás potencias, no sabemos cuánto, pero seguramente que la cantidad gastada, sobrepasa esa suma. La Guerra de Vietnam costó más de un billón de quetzales (Quinientos mil millones de dólares), sin contar las pensiones para sus víctimas. No tenemos idea de lo que pudo costar la guerra de Afganistán, ¿Otro tanto igual? La fabricación de un solo bombardero B-2, conocido con el nombre del "sigiloso" tiene un costo de 13,500 millones de quetzales (500 millones de dólares). ¡Y pensar que una quinta parte de estas cantidades podría utilizarse para erradicar el hambre en el mundo entero! ¡El "fa" y el "mi" que canturrea la Tierra por el espacio, a que se refirió Johann Kepler! La inversión de esa quinta parte destinada a combatir el hambre, a su vez vendría a proteger la ecología y los recursos naturales por su íntima relación con lo que significa el desarme y las guerras.

## **IX EL CAMBIO DE ESTRUCTURAS. LA CIENCIA Y NUESTRA OBLIGACION DE SOBREVIVIR**

Si nuestro actual sistema de regir el destino de este

precioso y único planeta, donde la sustancia ha adquirido su más preciosa forma y donde la materia del Universo, se ha hecho viva y consciente, nos conduce hacia su destrucción: ¿No podríamos también ser capaces de establecer otro sistema que permita la reestructuración total de nuestra sociedad global? ¿No deberíamos buscar otras alternativas que impliquen fundamentales cambios al sistema clásico de hacer las cosas? ¿Un rediseño profundo de las instituciones económicas, políticas, sociales y religiosas?

El desarrollo económico y social, así como el uso racional de los recursos del planeta, es imposible si las estructuras no son las adecuadas. Estas son las que deben crear los estímulos necesarios para que la sociedad responda generosamente, a un proceso de crecimiento, capaz de sustentarse por sí mismo. El desarrollo económico y social no puede florecer sino es en un medio que lo favorezca y estimule.

Nos encontramos en una encrucijada histórica, nunca antes vista ni sentida, que no es más que la consecuencia de la manera en que hemos estado haciendo las

cosas, tanto en lo económico, como en lo social y político. Las estructuras en que se ha venido desarrollando la sociedad, ponen serios obstáculos a la estabilidad de la vida sobre la Tierra; al mejoramiento material de la existencia; a la integración del hombre en condiciones de dignidad, igualdad y respeto; a las esperanzas, expectativas, motivaciones, en fin, al contenido mismo de la vida.

Estas estructuras que se oponen a la futura existencia del planeta y al progreso de la humanidad, es necesario modificarlas o cambiarlas; si es que en realidad se desea evitar nuestra autodestrucción. A grandes males, grandes remedios. Si se lograra conseguir la integración del planeta, en una sociedad global única, sin borrar las diferencias culturales ni destruirnos, habremos logrado nuestros supremos objetivos.

Seguramente que a muchos de los que gobiernan la Tierra y a los políticos, les parecerá desagradable una idea como ésta. Temerán perder poder y sus lucrativas canonjías; posiblemente nos inculpen de desleales y anti-nacionalistas. Es posible que aseguren que los cambios institucionales, no son prácticos, que son utópicos o que

están "en contra de la naturaleza humana", como si el envenenamiento y la insensata destrucción del planeta Tierra, fuera práctico y sólo determinadas naciones tuvieran la exclusividad de integrar la naturaleza humana. Se comprende que estos cambios, son difíciles y que para llevarlos a cabo se requiere de acciones extraordinarias, heroicas y grandeza de ánimo. Pero, como muchas veces respondió Albert Einstein, cuando alguien rechazaba sus razonamientos por no ser prácticos o no coherentes con la "naturaleza humana": ¿Qué otra alternativa existe?

A nuestra especie se le ha otorgado el privilegio de poder hacer ciencia. A los que hemos tenido la suerte de vivir en esta cuarta etapa del Siglo XX, la ciencia, en sus diferentes manifestaciones, ha evolucionado en forma sorprendente y muy pronto alcanzará su edad madura, su edad de oro.

La ciencia ha progresado en función directa a la evolución del cerebro humano y lo ha hecho por una sencilla razón: porque funciona. No es perfecta y a veces se abusa de ella, pero con todo, es la mejor herramienta de que se dispone en este mundo. Para ella no existen

verdades seculares; todas las suposiciones se han de examinar críticamente y desechar como inservible todo aquello que no se ajuste a la realidad de los hechos o a los objetivos que se desean lograr. Desde este punto de vista, es posible que por medio de la ciencia, se descubran muchos sistemas sociales, económicos, políticos y religiosos que funcionarían mucho más eficazmente que los que tenemos hoy en día; con mejores respuestas para la conservación de la Tierra, de la vida y del bienestar de la humanidad en general.

Somos la esencia misma de nuestra amada Tierra, hija de un Universo donde cada segundo nacen mil soles, donde una cosa tan maravillosa como lo es una galaxia, se forma cien mil millones de veces; donde la vida nace de vibraciones y estallidos gracias a la luz solar y los relámpagos en los aires y en las aguas de la Tierra.

La materia prima de nuestra evolución biológica, ha sido fabricada en forma de átomos y moléculas en el centro de las estrellas. De esta materia prima está hecha la luciérnaga, la abeja, la hormiga y la ballena; de esto se hizo la mente de un Eratóstenes, de un Kepler y de un

Einstein; la música de Händel, la de Jesús Castillo, la Piedad de Miguel Angel y la humildad de un Jesús de Nazaret.

Tenemos la obligación de sobrevivir, no sólo por nosotros mismos y por nuestras futuras generaciones, sino también por esta Tierra, nuestro Planeta Azul y por este Cosmos, antiguo, espléndido e infinito, del cual procedemos.

## PRESENTACION

Recientemente, el diario "La Hora" publicó por entregas, una serie de interesantes artículos escritos por el licenciado Aníbal de León Maldonado sobre "LA TIERRA Y SU ATMOSFERA - Su insensata destrucción"; trabajo que dentro de su galanura literaria, profundidad científica y enfoque humanista, constituye vehemente un llamado de atención hacia uno de los grandes problemas -tal vez el más grave- que afronta nuestro mundo en la hora presente, con proyección al futuro.

El autor, originario de Quetzaltenango y calificado profesional en disciplinas económico-financieras, ha dedicado parte de su vida a una actividad bastante insólita en nuestro medio, como lo es la exploración cósmica. Tras arduas labores diarias, inmerso en la frialdad de cifras, guarismos, estadísticas, balances y proyecciones, el poeta que hay en él ha robado horas al descanso para escudriñar los misterios del espacio infinito.

Aunque considerándose simplemente un astrónomo amateur, en verdad el licenciado De León Maldonado alcanza ya calidades de experto en esa difícil pero excelsa actividad de apuntar el telescopio hacia lo alto, para seguir el curso de los astros, en pos de ir descubriendo los secretos que oculta la inmensidad insondable.

Desde esta perspectiva -podría decirse extra-terrestre- el autor puede apreciar mejor lo que significa nuestro pequeño planeta en el maravilloso y matemático girar de las esferas celestes y los riesgos que acechan, de destrucción inexorable, provocada por el propio Homo Sapiens que más bien está cayendo en la categoría de Homo Brutus.

Como bien dice el licenciado De León Maldonado "Tenemos la obligación de sobrevivir, no sólo por nosotros mismos y por nuestras futuras generaciones, sino también por esta Tierra, nuestro Planeta Azul y por este Cosmos, antiguo, espléndido e infinito, del cual procedemos...".

Ante lo valioso de este trabajo -que adquiere jerarquía de enjundioso ensayo- hemos considerado que no debía quedarse en páginas volanderas de periódico, sino recogido en el volumen que ahora presentamos, con nuestros agradecimientos al autor por autorizar gentilmente esta publicación y con la seguridad también, que estamos haciendo un aporte significativo en la inmensa pero impostergable tarea de salvar nuestro habitat, ya sobrepoblado en exceso, presa de creciente contaminación y con circunstancias proclives a una crisis total, de no actuar **ahora** con voluntad y decisión.

---